

CAPÍTULO I

EN BUSCA DE INFORMACIÓN

“Nadie ganará con nuestra muerte y con el criminal Holocausto, la historia tendrá que hacer justicia por el genocidio cometido contra el pueblo judío”.

Rabino Isaac Hintermayer,

(Discurso pronunciado el 12 de octubre de 1943 en Auschwitz)

El pájaro *Bennú*

Al abrirse la mirilla de la enorme y lustrosa puerta de caoba, una voz ronca y parca salió de su interior:

-¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan aquí?

-Buenas tardes –respondí-. Soy Ignacio Benavides. Y ellos son mis amigos, Ernesto y Ricardo. Buscamos al señor Velásquez.

-El señor Velásquez no se encuentra en este momento –respondió la voz-. ¿Por qué asunto es?

-Venimos de parte del señor... del señor... Cannepa. El señor Cannepa. Buscamos información sobre una clase especial de ave.

Después de un inesperado e interminable silencio, la mirilla se cerró de golpe. Y después de unos minutos, la puerta se abrió pesadamente, con un chirrido insoportable. Entonces un mayordomo alto, escuálido y de aspecto senil abrió en su arrugado rostro una impostada sonrisa y, con una ampulosa reverencia, nos invitó a pasar.

-Sígueme –dijo amablemente-. Es por aquí. Y empezó a caminar delante de nosotros, mostrándonos el camino.

Cuando llegamos a una enorme y vidriada puerta de dos hojas se apartó para cedernos el paso.

-El Señor Velásquez los espera en el jardín –dijo, con una misteriosa sonrisa-. Pasen por favor.

Entramos. Era un parque grande, cubierto en su totalidad con plantas y arboledas. Debajo de una larga galería había jaulas de todas las formas y tamaños, con una vastísima colección de pájaros. Rápidamente descubrí que los trinos de las aves le otorgaban a mis oídos una música maravillosa.

Durante unos instantes, apenas me fue posible concentrarme en el señor Velásquez. Mis ojos estaban deslumbrados por la cándida luz de la tarde. En el centro del jardín, parado al lado de un jaulón blanco, con forma de campana, había un hombre canoso, petiso y bastante barrigón. Sostenía un tazón en la mano, y estaba concentrado en darle de comer a un viejo tucán.

Mis amigos y yo nos acercamos hasta él y los saludamos cortésmente. Después de presentarnos, exclamó alegremente, como si nos conociera de hace mucho:

-Oh. Por supuesto. ¡Bienvenido, señor Ignacio! ¡Bienvenidos, señores! ¡Pero pasen, pasen, por favor! No se queden ahí parados.

Su voz era clara y bastante poderosa, y su aspecto era el de un actor de teatro. Parecía tener un dominio muy preciso de la impostura, de la forma de pararse, de cada gesto de sus manos, de cada músculo del rostro.

Caminamos con él hasta una jaula cercana, donde aguardaba un ave imponente de grandes dimensiones. Hundió su mano en un enorme guante de cuero, abrió la jaula e hizo que el ave se posara graciosamente sobre él como en una rama. Cuando le quitó el capuchón de la cabeza, sus ojos salvajes y brillantes me contemplaron fijamente, penetrando en mi interior.

-Observen el poder de esa mirada, muchachos –dijo el hombre, muy sonriente, dejando entrever su verde y fea dentadura-. Oh, ¿no es fascinante? ¿Sabían ustedes que la agudeza de un ave de presa puede ser ocho veces superior a la del hombre? –Se colocó de cara al sol, y cuando hizo un movimiento con el brazo para que el ave volara, rugió:- ¡Vamos, pichón, llegó la hora de hacer tus ejercicios!

Mis amigos y yo contemplamos deslumbrados el despliegue de sus portentosas alas. Cuando alcanzó las alturas, planeó majestuosamente sobre los árboles, y luego sobre nosotros, describiendo anillos concéntricos cada vez más precisos arriba de nuestras cabezas.

-¡Pero qué ave más hermosa! –Exclamó Ricardo-. ¿Es tan peligrosa como luce?

-No hay cuidado, Ricardo –contestó Ernesto-, no ves que el larguirucho está domesticado.

-Yo que usted no me fiaría –Retrucó Velásquez-. Una señal mía sería suficiente para que caiga encima de usted, y le arranque los ojos de un picotazo antes de que se de cuenta de lo que sucede.

-¡Ja! –Ironizó Ernesto-. Apuesto a que la entrenó personalmente.

Sin dar tiempo a que responda Velásquez, tomé la delantera y pregunté:

-¿No teme que un día pueda perder el rumbo y se extravíe?

-Imposible –respondió tajante-. Estas aves regresan siempre a su nido –o a su amo, que para el caso es lo mismo-. La única manera de que puedan perder el sentido de la orientación y extraviarse es por la impericia o mal manejo de su dueño. De lo contrario, les aseguro que son más fieles que las esposas. Este pichón, por ejemplo, es una perfecta combinación de belleza, inteligencia y destrucción.

Cuando el águila regresó a la mano de Velásquez, éste cubrió nuevamente sus ojos con el capuchón y dijo:

-De modo que ustedes buscan información sobre las aves...

-Así es señor –respondí enseguida-. Pero sobre una clase de ave... muy especial.

-¿Así? ¿No me diga? –Respondió mientras pasaba los dedos sobre su imponente pico-. Por si no lo saben, existe en el mundo una gran variedad de aves. Esta que tengo aquí, por ejemplo, es un águila real. Como podrán observar, una de las más hermosas y aguerridas de su especie. Habitan en todas partes del mundo; sobre los océanos, en los desiertos, en los hielos polares, en los bosques tropicales...

-La que buscamos nosotros es un *águila de oro* –interceptó Ernesto-, y posee un valor... bastante singular.

-¿Singular? –Repitió con simulada indiferencia, mientras le daba de comer en la mano-. Pues ésta es de color leonado y posee un valor... *incalculable*. –Alisó las alas del águila como si fuera la de una pequeña torcaza y agregó:- Muchachos, oh, qué belleza, ¡miren el brillo de este plumaje! ¿No es maravilloso? El ingenioso diseño de sus alas las convierte en soberbias voladoras.

-¡Soberbio!–Exclamó fascinado Ernesto-. ¡Qué ejemplar extraordinario! Lamentablemente, señor Velásquez, no nos interesa la belleza de sus plumas.... En realidad estamos más interesados por su *aspecto*. Digamos... por su aspecto... *filosófico*.

Velásquez vaciló un momento, con el ave adormilada sobre el brazo, y luego respondió:

-Seguramente sabrán que el águila es uno de los símbolos más antiguos que se conocen. Es el emblema de la fuerza y el sol en muchas mitologías. Para los griegos era el sagrado emblema de Zeus, y para los egipcios, el de Horus; los persas la habían consagrado al sol, y los romanos a Júpiter. El vuelo de aves como éstas ha estado asociado durante siglos a los dioses del poder y la guerra.

-Discúlpeme señor Velásquez –interrumpí tímidamente-. Pero parece que aún no ha entendido usted. Nosotros nos referimos a un tipo de águila... *muy especial*.

-¿A sí...? ... ¿Qué tan... *especial*? A ver, dígame usted, Ignacio.

-Según tengo entendido y no recuerdo mal le llaman... el pájaro... el pájaro *Bennú*.

Inmediatamente después de pronunciar estas palabras los ojos de Velásquez se volvieron repentinamente brillantes y escurridizos. En silencio, acercó suavemente la mano a la puerta del jaulón, para que el ave volviera a su nido. Luego se quitó el guante protector y nos instó a caminar hacia la galería del fondo. Cuando entramos a la casa, preguntó como al pasar:

-¿Qué saben ustedes del pájaro... *Bennú*?

-Muy poco –balbucee-.

-Por eso estamos aquí –añadió cortante Ernesto-. Para obtener respuestas; no preguntas.

Sin decir más palabras, Velásquez se acercó a una mesilla cercana e hizo sonar una campanilla de bronce. Cuando vino el mayordomo, le dijo:

-Perkins. Voy a estar en el estudio con los señores. No quiero llamadas ni interrupciones de ninguna naturaleza hasta que yo te avise. ¿Entendido?

-Muy bien, señor –respondió el mayordomo-. Como usted ordene.

-¿Está Renato en su puesto? –agregó.

-Sí, señor. Como de costumbre.

-Bien. Quiero que le digas que suelte los perros y enciendan las luces del parque. Quiero que mantengan la casa vigilada hasta que yo les avise. Ah, y otra cosa. Quiero que te mantengas alerta. Ya sabes, por si acaso. Si surge algún inconveniente, me avisas de inmediato. ¿Entiendes lo que te digo?

-Sí, señor.

-¿Lo entiendes de verdad?

-Oh, sí, sí, comprendo perfectamente, señor –respondió entusiasmado el mayordomo-: ¿Cómo en los viejos tiempos, eh señor? –Nos dirigió una mirada cómplice y añadió-: Espero que los caballeros sean portadores de buenos augurios. Después de tantos años de búsqueda y espera...

-¡Cállate! ¡No seas estúpido! ¡Ve a hacer lo que te ordené! ¡Rápido!

-Oh, sí, sí, señor. Disculpe usted mi impaciencia. Enseguida, enseguida voy.

-Ustedes, caballeros... por favor, vengan conmigo. Tenemos mucho de qué hablar.

Velásquez nos sonreía mientras nos alejábamos por un angosto y lúgubre pasillo.

-Hum... –añadió pensativo-. ¿Así que el amigo Cannepa los ha enviado a verme? Qué bien. Qué bien. Y... díganme una cosa, Ignacio... ¿Desde cuándo se interesan ustedes por la ornitología?

-Verá usted... –respondí cautelosamente-. Una llamada telefónica, muy particular... ha despertado de repente mi curiosidad por las aves.

-Ah... y supongo entonces que querrá saber más sobre el significado oculto del pájaro que busca, ¿no es así?

-¿Saber más? –increpé sorprendido-. De ningún modo. Queremos saberlo todo. ¡Todo, señor Velásquez! Y si es posible... Con lujo de detalles.

-Claro que es posible –respondió pausadamente-. Siempre es posible saber más de lo que uno ignora en esta vida. Con paciencia y con perseverancia es posible saberlo *todo*, señor Ignacio. Por supuesto, siempre que uno dé con la persona adecuada... ¿no es cierto, muchachos? –Se detuvo repentinamente y preguntó:

-Por pura curiosidad. Además del amigo Cannepa... ¿Alguien más sabe que ustedes están aquí?

Sorprendido, crucé una mirada cómplice con mis amigos y contesté:

-Eh... no. No. Que yo sepa, nadie más. ¿Por qué lo pregunta?

-Sí. ¿A qué se debe tanto misterio, Velásquez? -Inquirió Ernesto-.

-El misterio... queridos amigos... –dijo misteriosamente- era una de las debilidades de los antiguos egipcios. Ellos creían que cuando se discutían temas importantes debían tomarse ciertas precauciones para no ser sorprendidos por... intrusos.

-¿No me diga que también le interesa la egiptología? –Comentó irónico, Ricardo.

-No. Sólo algunos aspectos de su pensamiento –dijo crípticamente-. Los que tienen que ver con sus enigmas y con sus misterios más Sagrados...

-¿Como el del pájaro Bennú? –pregunté.

-Como el del pájaro *Bennú* –respondió.

En el despacho de Velásquez

El estudio de Velásquez era un lugar exótico y encantador. Estaba atestado de pájaros embalsamados y de objetos antiguos. Una imponente biblioteca capturó inmediatamente mi atención.

Ricardo y Ernesto se sentaron en un sillón de cuero negro y adoptaron una actitud relajada, pero de contemplación. Yo, en cambio, me ubiqué en un colorido sillón individual, dispuesto frente al imponente escritorio, donde Velásquez –según nos dijo- solía pasar las tardes escribiendo sobre las aves de rapiñas, al parecer: su especialidad. Crucé las piernas y entrelacé los dedos, tratando de ocultar mi creciente ansiedad, y esperé.

Mientras Velásquez se ubicaba detrás del escritorio, Ricardo soltó espontáneamente:

-¡Oh! ¡Pero cuántos libros! ¿Los lee o sólo los colecciona como a los pájaros?

-No; sólo los escribo –respondió con un hilo de sonrisa. –Al ver la perplejidad en el rostro de mi amigo, aclaró-: Es una forma de decir. No todos los escribí yo. Apenas he producido dos o tres ensayos, y algunos trabajos de investigación en toda mi vida. En realidad, son más las notas que hago a pie de página que las páginas que escribo.

-Y dígame una cosa –dijo Ernesto-. ¿Escribe solamente sobre pájaros o indaga también en otros temas?

-Pues, verá usted... –respondió con ánimo de explayarse en su singular *metie*-. En mis comienzos estudiaba toda clase de aves; de presa, trepadoras, zancudas, granívoras... hasta que me obsesioné con las aves migratorias. Estudié a las golondrinas en sus vuelos hasta Sudáfrica, cubriendo distancias de hasta 15.000km; el papamoscas collarino; el zorzal y el avefría en sus vuelos cortos, preguntándome por qué no se alejaban de Europa Occidental y el norte de África; seguí la ruta del correlimos pectoral, la *calidris melanotos*, en su vuelo desde Alaska hasta Sudamérica por encima del continente; me deslumbré con el bobolino, en su viaje hacia el sur sobrevolando las islas del Caribe; y por supuesto, con el charrán ártico, el campeón de larga distancia en su vuelo desde las aguas costeras árticas y del Atlántico norte hasta el Antártico. Pero después de estas apasionantes investigaciones, durante mi exilio en Montevideo, cambié de tema y me aboqué a narrar los terribles sucesos que acontecieron en el país, y que tanto impacto causaron en mí y en mi familia. A partir de allí realicé varios ensayos sobre la política en la Argentina. –Hizo una pausa, encendió un cigarro y añadió-: Sólo después de un tiempo me volqué a escribir sobre el nazismo.

-¿El nazismo? –Repetí con verdadera sorpresa-.

-Así es –dijo con soltura-. Fundamentalmente sobre *el nazismo en la Argentina*. El compendio de toda mi investigación es una obra que en España se llamó “La Argentina de los Nazis”. Lamentablemente y por razones obvias... no pudo editarse aquí.

-¿Y cuál es su tesis principal? –interrogó Ernesto como si estuviera ejerciendo el papel de profesor.

-Todos mis trabajos se orientan en una misma dirección. Todas mis tesis demuestran una sola cosa: cómo Perón y Evita sirvieron –durante y después de la guerra- como agentes nazis en la Argentina que arruinaron.

-¡Vaya especulación la suya! –Exclamó irónico Ricardo-.

-Imagino que un investigador de su talla no hablará de ese modo sin tener firmes fundamentos... ¿verdad? –añadió preocupado Ernesto.

Los primeros documentos

Velásquez sonrió con esa calma que tienen esos eruditos que aparentan haber recorrido e investigado mucho.

-¿Fundamentos? –Repuso al mostrar la verde hilera de dientes-. Por favor, muchachos, tengo infinidad de *fundamentos*... –Sacó de un cajón un voluminoso paquete, envuelto prolijamente en papel madera, y lo arrojó en medio del escritorio con un ruido semejante al de cientos de expedientes juntos.

Nuestro mutismo fue total.

Retiró el envoltorio del misterioso paquete, dejando al descubierto una gruesa y ajada carpeta amarilla. Ante nuestras caras de asombro, explicó:

-Aquí está toda la documentación oficial que los aliados descubrieron en la Cancillería del Reich después de la derrota alemana. También dispongo de otros testimonios igualmente importantes. Pero vayamos por parte –Abrió la cubierta de la carpeta muy lentamente, como si fuera la tapa de un antiguo cofre secreto y, como si desenterrara las mismas cartas del antiguo Tarot egipcio, levantó una pila de documentos y comenzó a extenderlos ordenadamente sobre el escritorio, como si fuera un *grupear* egipcio repartiendo los naipes sagrados.

Mis amigos y yo contemplamos los expedientes militares envueltos en una mezcla de fascinación y perplejidad. Velásquez observó complacido la expresión nuestros rostros. Parecía disfrutar de nuestro azoramiento. De la expectativa, me incliné y comencé a tamborilear la punta de los dedos sobre el escritorio.

-¿De dónde ha sacado un ornitólogo amateur toda esta documentación clasificada? –murmuré con cierta excitación.

-Déjeme explicarle, Ignacio –respondió hurgando entre las hojas-. Durante varios años he actuado en la Comisión de Actividades Nacionales y en la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas. Estos son los informes confidenciales que presenté al Parlamento por aquel entonces.

Ricardo, excitado como un chico con juguete nuevo, pegó un saltó en el sillón.

-¡Ah! ¡Pero qué interesante! ¿Así que el señor Velásquez es legislador de la Nación?

-“¡Ex!” –Corrigió Velásquez-: Ex legislador.

Ernesto me miró con la ceja levantada y, probablemente, con la misma desconfianza que tenía yo.

¿De dónde sacó usted estos documentos?

El ex legislador se sumergió en la montaña de papeles y seleccionó un folio en particular. Luego estiró el brazo por encima del escritorio y lo depositó en mis manos.

-Cuando los norteamericanos accedieron a los archivos de la Cancillería del Reich... –dijo con una seguridad digna de un político sagaz- descubrieron gran cantidad de material referente a las actividades nazis en América del Sur. Especialmente en Argentina.

-Vaya, vaya... –murmuré al mirar el escrito y confirmar enseguida que, efectivamente, se trataba de un documento alemán, reproducido en facsímil y en letra impresa. Se lo pasé a Ernesto, el único de nosotros que conocía algo de estas cosas.

-¡Oh, qué bien! –Murmuró al verlo-: Muy impresionante, Velásquez.

-Las autoridades aliadas –explicó nuestro anfitrión, más entusiasmado- tomaron los documentos encontrados y los llevaron a las autoridades de sus respectivos gobiernos. Ustedes saben, me refiero a

Estados Unidos, Rusia, Inglaterra y Francia. Era increíble: cada vez que removían escombros encontraban más y más documentos que comprometían seriamente a altos funcionarios del gobierno argentino.

-Funcionarios del gobierno argentino... ¿involucrados en actos de corrupción? –Murmuró Ricardo, irónicamente, con el facsímil en la mano-. No, Velásquez, no puede ser. Debe haber algún error en algún lado.

-Sí, sí, Velásquez. Ya empezamos mal –agregó burlón Ernesto.

-as disimuladas risas de todos -incluida la del ex legislador- sirvieron para crear amenidad y distender los primeros pasos de la conversación. Ahora el clima era más agradable y menos angustiante, aunque no había perdido para nada ese halo de misterio que le impregnaba a sus palabras el ex funcionario.

-Así es amigos –dijo, ahora con el rostro serio y taciturno-. Como ustedes comprenderán, dada su posición geográfica y política, fue Estados Unidos quien se hizo cargo de la investigación. Fueron ellos quienes tenían en los campos de prisioneros la mayoría de los miembros activos del nazismo. Muchos de ellos eran embajadores. Incluso jefes de la organización secreta que habían actuado en las naciones de Sudamérica.

Recogí otro documento del escritorio, y antes de leerlo, pregunté con curiosidad:

-¿Y usted cómo ha tenido acceso a todo este material?

-En el año 55´ -respondió dueño de una gran seguridad-, mientras estaba en mis funciones, tuve la suerte de poder viajar a Berlín y entrar a los archivos que habían descubierto los aliados.

Los documentos, ¿son auténticos?

Hizo silencio mientras me observaba chequear el material que tenía entre mis manos.

-Disculpe mi ignorancia, Velásquez –dije al pasarle el facsímil a Ernesto-, pero, ¿cómo podemos saber que todos estos documentos son verdaderos? ¿Existe alguna posibilidad de que hayan sido falsificados?

Velásquez me miró como si hubiese dicho algo inconcebible.

Hundió la mano en la torre de papel y extrajo otro informe. Esta vez, al azar. Dio vuelta el papel y buscó algo escrito al final de la carta.

-Observe Ignacio –contestó mientras repiqueteaba el índice debajo de un nombre-, la autenticidad de todos estos documentos ha sido certificada por la firma del juez Höne. Este hombre fue juez de turno del juzgado de Amtsgericht–Pankow de Berlín. –Tomó un pequeño fajo de hojas y comenzó a mostrarme en cada uno de los escritos la existencia de una misma rúbrica al final de ellos. Luego agregó con aire de escribano-: Como ve aquí, todos estos documentos llevan esta certificación que da fe de su autenticidad.

Ernesto y Ricardo se acercaron al escritorio.

Ciertamente en todos los casos los documentos mostraban el característico sello de TOP SECRET.

La sorprendente autenticidad de estos informes comenzaba a resultarme ligeramente sospechosa. Ernesto se me acercó, y, disimuladamente, me dio un pisotón. Al ver su cara, comprendí el estado de alarma en el que se hallaba su alma: no muy diferente a la mía, por supuesto, y a la de Ricardo.

El ex funcionario dio vuelta otra carta. Buscó algo al final de la misma. Y luego me volvió a mostrar.

-Fíjese aquí –señaló con impaciencia-. Y aquí. Y aquí. Vea cómo la firma de estos facsímiles coincide con la de este original.

Miré en cada uno de los memorándum y comparé. En todos los casos rezaba el mismo epígrafe:

“Berlín–Pankow. Febrero 4 de 1953. Escribano, Bernard Baruch”.

Los originales, ¿son originales?

Saltaba a la vista que la documentación desclasificada de Velásquez era ciento por ciento verdadera. Sin embargo, la expresión de Ernesto parecía demostrar cierto aire de disconformidad.

Se acercó al escritorio con el ceño fruncido, dejó el memorándum sobre los otros papeles y, con una pasmosa falta de diplomacia, le increpó:

-¿No pensará que va a conformarnos mostrándonos solamente estos facsímiles, ¿verdad? Esto no es un tratado sobre las aves migratorias. ¿Entiende lo que le digo? ¿Dónde se encuentran los originales de estos supuestos documentos?

Velásquez, dueño de una sorprendente calma, respondió con cierta cautela:

-En lugar seguro y reservado, por supuesto. ¿Dónde más?

-Oiga, Velásquez... –repuso Ernesto, lánguidamente-, si usted no nos muestra los originales... ¿cómo sabemos que estas copias no han sido... *alteradas* en su contenido?

-Así es –añadió Ricardo-. O peor aún... ¿Cómo podemos tener la seguridad de que los originales de estos... “documentos” no existen en verdad?

-Bueno, bueno... –contestó malhumorado-; tengan calma señores. Con ese criterio deberíamos desconfiar de todo lo que está escrito. ¿Acaso alguno de ustedes ha visto alguna vez los documentos originales que redactaron San Martín, Belgrano, Rivadavia, o cualquiera de los nobles hombres que fundaron este hermoso país? ¿No, verdad? Y sin embargo nadie duda de su existencia. Se supone que deben estar guardados bajo siete llaves, pero como nosotros no los hemos visto, ni a ustedes ni a mí nos consta su existencia. Sin embargo no por ello sospechamos que estamos frente a un fraude cada vez que leemos una página de la historia Argentina o de la vida de nuestros próceres, ¿o miento?

-Es cierto –contestó mi amigo-. Pero eso es diferente. Para eso están los expertos y los investigadores especializados que trabajan para garantizar la autenticidad de los manuscritos.

-¡Ah! Y usted cree que porque alguien se ha ocupado antes de verificar el papel, la caligrafía, el estilo de escritura y cosas así no podrían ser...

-¡Alguien no, Velásquez! –Interrumpió Ricardo-. Se supone que existe un organismo estatal oficialmente reconocido, capaz de...

-¿Lo ve? –interrumpió él-. Usted lo acaba de decir; “se supone”. Y a eso iba yo; a que de una u otra forma, en algún momento tenemos que *creer* lo que nos dicen. Yo los entiendo, amigos, ¡oh, si! Dios sabe que los entiendo. Y los entiendo porque ustedes comparten conmigo el mismo amor por la verdad. Si yo pudiera traer aquí y mostrarles en persona los originales de estos documentos les aseguro que ya lo hubiera hecho. Si no lo hice fue por una sola razón: resguardarlos de aquellos que pretenden destruirlos o poseerlos. No se olvide, Ernesto, que “si la historia la escriben los que ganan” es porque, efectivamente, existe “otra historia”. Y es justamente esa *otra* historia la que yo quiero contarles hoy a ustedes.

La teoría de la preservación me sonaba bastante razonable. Si lo que el ex legislador alegaba era cierto, y esa carpeta amarilla caía en manos desconocidas, supongo que la verdadera historia podía correr el peligro de desintegrarse para siempre, y con ella, nuestros audaces sueños de conocer la verdad y salvar a Laura.

-Está bien, Velásquez –reconocí a medias, bajo la inquisidora mirada de mis amigos-. Nosotros también comprendemos su postura. Pero dígame una cosa, ¿a dónde pretende llevarnos con toda esta información? ¿Sabe una cosa? No podemos perder más tiempo del que ya invertimos hasta aquí. Estamos metidos en un grave problema, un problema que tenemos que resolver lo más pronto posible.

Espero que todo este misterioso enredo de sellos y rúbricas alemanas sirva para conducirnos hasta el enigma que tenemos que dilucidar. De lo contrario...

Velásquez hizo un gesto con la mano como para tranquilizarnos. Tomó asiento, soltó el último halito que le quedaba en la boca y volvió a llenar el pecho de aire como si nunca más fuera a respirar. Al exhalar, contempló lánguidamente los facsímiles que había desparramado prolijamente sobre el escritorio como si toda su vida dependiera de aquellas viejas hojas.

-Quédese tranquilo, Ignacio –dijo suavemente-. Confíe en mí. Sin duda estos documentos alemanes nos permitirán reconstruir el rompecabezas de lo que ocurrió en la Argentina a partir de los años 40’.

-Un momento, un momento –soltó Ricardo intrigadísimo-. ¡No entiendo nada, Ignacio! ¿Qué demonios tiene que ver todo esto con el ave que estamos buscando nosotros?

-Amigos míos... De una vez por todas tienen que comprender el valor de estas páginas. Le aseguro que de estos memorándums surge el fundamento de la imputación que le hicimos a Perón y a Evita sobre su vinculación con los nazis y, -por supuesto-, con el “ave” que trajeron al país.

Por fin comenzaba a vislumbrarse la relación entre la ornitología y el nazismo. Creo que mis amigos también lo notaron.

-Ahora bien... –continuó como si hubiera calculado el efecto que había causado en nosotros la intervención de la misteriosa ave-; si me permiten, quisiera hacerles una reseña cronológica y detallada de los hechos tal como yo lo he venido sosteniendo en mis libros, a lo largo de todos estos años. De lo contrario, nunca van a entender el verdadero significado del pájaro *Bennú*.

Los ojos de Ernesto me miraban con incrédula impaciencia. Traté en vano de imaginar con qué cosa podía llegar a sorprendernos el experto en aves. Pero nada se me cruzaba a la mente más que una ligera vinculación con los nazis, probablemente tomada de los pelos.

-Adelante, Velásquez –murmuré-. Somos todo oído.